

EL FILO DE UN CENTENARIO: LA CRÍTICA EXTRAVAGANTE SOBRE *EL QUIJOTE* EN 1916

En una breve reseña sobre las interpretaciones de *El Quijote*, publicada en 1916, puede leerse la siguiente frase: «En *El Quijote* ve cada uno lo que le gusta, según las interpretaciones de su espíritu»¹.

Ese mismo año de 1916, tercer centenario de la muerte de Cervantes, podría servir perfectamente para ilustrar ese intento de proyectar los deseos personales en la sugerente obra cervantina desfigurando, en ocasiones con afán de notoriedad personal, sus intenciones y su significado, y creando una «literatura parasitaria»² que desborda la valoración objetiva e impone la imaginación, disparatada en ocasiones, como criterio crítico.

En 1916 se publicaban diferentes obras que asediaban la creación cervantina desde variados ángulos. Algunas de ellas constituyeron, en su día, importantes contribuciones al mejor conocimiento de nuestro mayor escritor³. Otras, en cambio, no son sino muestras de una crítica extravagante que será muy pronto olvidada. Los casos de Cansinos-Assens, Atanasio Rivero y Fernando Boedo son, en distintos sentidos, muy significativos a este respecto.

¹ Cfr. BRUNO IBEAS, «Interpretaciones del *Quijote*», *España y América*, II, 1916, pp. 193-197. La cita en p. 193.

² La expresión es de FRANCISCO DE ICAZA, «*El Quijote*» durante tres siglos. Madrid, Renacimiento, 1918.

³ Cfr., entre otras, A. BONILLA Y SAN MARTÍN, *Cervantes y su obra*. Madrid, F. Beltrán, 1916; FRANCISCO DE ICAZA, *De cómo y por qué «La tía fingida» no es de Cervantes*. Madrid, 1916; así como las ediciones, en curso de publicación, de *El Quijote*, por RODRÍGUEZ MARÍN, o de las *Obras Completas* de Cervantes, por SCHEVILL Y BONILLA.

Cansinos-Assens publicaba en 1916, en efecto, un folleto titulado «Cervantes y los israelitas españoles» y que formaba parte de la revista *Los Quijotes*, de aparición quincenal⁴. A Cansinos Assens le interesaba vivamente el problema de los judíos y la reivindicación de esta raza, y no desperdiciaba ninguna ocasión para ensalzarla. De ahí que tome la obra de Cervantes y proyecte sobre ella sus preocupaciones personales.

Cansinos se pregunta por qué silenció Cervantes sus opiniones sobre los judíos y responde que sólo el aprecio que sentía por ellos explica la no formulación de una opinión positiva tan contraria al sentir común de su época.

Pero a Cansinos, que escribe este artículo como «ofrenda de los israelitas españoles para el Centenario», enseguida se le dispara la imaginación y llega a pensar que *El Quijote* podría entenderse como una alegoría «del pueblo israelita, que tantas aventuras padeció en su milenaria existencia y que fue entre los demás pueblos, en épocas remotas, como un caballero andante del monoteísmo»⁵.

Las aventuras del hidalgo serían así las calamidades que tuvo que sufrir el pueblo judío, y la cordura final de don Quijote sería el destino venturoso reservado a este pueblo.

No obstante, hay que reconocer que Cansinos-Assens sólo sugiere esta posibilidad de interpretación y subraya al final de su artículo que con certeza sólo puede decirse que Cervantes no era antisemita⁶.

Esta timidez y este comedimiento en sostener una interpretación personal desaparecen por completo en otro estudio cervantino de 1916 que se publicó por entregas en los meses de agosto y septiembre de ese año en el periódico *El imparcial* y cuyos artículos serían finalmente recogidos en formato de libro, posiblemente ese mismo año. Se trata de un estudio de Atanasio Rivero titulado *El secreto de Cervantes*⁷.

No es sino otro capítulo más de la crítica esotérica que, sugerida al menos desde Cadalso, encontró su perfil característico en los estudios de Benjumea⁸.

⁴ Cfr. RAFAEL CANSINOS ASSENS, «Cervantes y los israelitas españoles», *Los Quijotes*, II, 1916, Madrid, 10 de abril de 1916.

⁵ *Ibid.*, p. 9.

⁶ Cansinos Assens se encuentra muy lejos, por ejemplo, de las teorías de Aubier, que cree que detrás de *El Quijote* están las ideas del *Antiguo Testamento* y que en la obra de Cervantes se hace una defensa del judaísmo en clave de *Zohar* y de *Kábala*. Cfr. D. AUBIER, *Don Quichotte, prophète d'Israël*. París, Robert Laffont, 1966. Más sutiles son las observaciones, al respecto, de AMÉRICO CASTRO en obras como *Cervantes y los casticismos españoles*. Madrid, Alfaguara, 1966.

⁷ Cfr. ATANASIO RIVERO, *El crimen de Avellaneda. Memorias maravillosas de Cervantes*. Madrid, Biblioteca Hispania, s.a.

⁸ Cfr. D. DRAKE, y D. L. FINELLO, *An Analytical and Bibliographical Guide to Criticism on Don Quijote (1790-1893)*. Newark, Delaware, 1977.

El dos de agosto de 1916 se anunciaba en *El imparcial* un «Descubrimiento sensacional» sobre Cervantes que iría destapándose en los días siguientes, a partir del tres de agosto con un artículo titulado «Descorriendo el velo», que lleva como encabezamiento el lema «¡Juro decir verdad!».

Rivero iba desgranando, con nuevos datos, «la verdadera verdad biográfica de Cervantes»: Isabel de Saavedra, por ejemplo, no sería su hija; Cervantes sería monstruosamente feo, Cervantes se relacionaría en Sevilla con personas que, documentalmente, se sabe estaban muertas por los años en que se encontraba en la capital hispalense. El crítico y periodista no aportaba, de momento, ningún documento, sólo afirmaba y pedía a los lectores que dieran crédito a lo que estaban leyendo, ya que en los siguientes artículos estas afirmaciones serían confirmadas y demostradas.

En las siguientes entregas Rivero «desvelará» el verdadero autor de *El Quijote* de Avellaneda y aludirá, de paso, a la existencia de unas *Memorias* criptográficas cervantinas incrustadas dentro de sus obras publicadas, sobre todo de *El Quijote*.

Repasa Rivero así las diferentes teorías sobre quién pudo ser Avellaneda, y tras descartar por pueriles los procedimientos anagramáticos de Menéndez Pelayo, señala que él ha encontrado el secreto «merced a mi tenacidad y mi constancia», tenacidad y constancia que consisten en prolongar *ad infinitum* la tesis anagramática.

En las líneas iniciales del falso *Quijote*, removidas a gusto de Rivero, se hallaría la clave, ya que los anagramas, introducidos según una técnica que Rivero dice haber descubierto, apuntarían a Gabriel Leonardo Albión de Argensola (hijo del poeta Lupercio) y a Mira de Amescua como coautores de esta obra en el marco de la *Academia de los Ociosos* de Nápoles⁹.

Pero Rivero va más allá. Cervantes conocería esta técnica anagramática... porque él la había inventado. Y en sus obras la utilizó para despacharse a gusto y comunicar sus frustraciones y desengaños.

Los primeros atisbos de esta técnica los encuentra Rivero en la dedicatoria de las *Novelas ejemplares*, donde se queja Cervantes de aquellos que le habían plagiado. Pero, en realidad, todas sus obras, y no sólo los prólogos, estarían escritas de esta manera, pudiendo leerse, en consecuencia, todas unas memorias cervantinas.

Esta *traza* cervantina, así llamada por Rivero, se la comunicó Cervantes al conde de Lemos y éste la filtró a los Argensola. Estos,

⁹ La Academia fue fundada en 1611 y, sostenida por el Conde de Lemos y Virrey de Nápoles, entre sus participantes se encontraban, en efecto, los Argensola y Mira de Amescua. Cfr. J. SÁNCHEZ, *Academias literarias del Siglo de Oro español*. Madrid, Gredos, 1961, pp. 302-312.

para complacer a Lope de Vega, decidieron alentar en la *Academia de los Ociosos* la idea de publicar una continuación de *El Quijote*, encubriendo el nombre del autor pero revelándolo anagramáticamente con la traza cervantina para que Cervantes se diera cuenta de dónde venían los golpes ¹⁰.

Rivero reproduce, además, ciertos fragmentos en traza de *El Quijote* y de otras obras de Albión de Argensola y Mira de Amescua donde se *confirmarían* estos descubrimientos. En estos fragmentos se transmiten lindezas como las de que Lope es el causante de la desaparición de las obras anunciadas por Cervantes (la segunda parte de *La Galatea* o *Las semanas del jardín*, por ejemplo), la traición de su falsa hija Isabel, unida a Lope para perder a Cervantes; los crímenes y asesinatos de este último, y otras similares.

Los artículos de Rivero hicieron subir la temperatura del caluroso verano de 1916 y llevar el debate de sus «descubrimientos» a las tertulias, a los cafés y a la prensa. En esta participaría, con juicios negativos, la plana mayor del cervantismo de la época. A casi todos les respondió Rivero en las mismas páginas de *El imparcial* con unos polémicos artículos en los que reproduce más trazas de *El Quijote* (una de ellas le presenta como asesino) y en donde confiesa que tiene ya preparado un libro sobre la traza de once capítulos de *El Quijote* que «contiene la minuciosa, leal y realista historia de Miguel de Cervantes» ¹¹ y donde promete dar a la luz unas *Memorias* cervantinas que constarían de 20 ó 30 tomos.

En estos artículos de réplica se niega también a revelar su método para descifrar anagramas y logogrifos ya que ello «iría en vituperio de mis proyectos económicos» y le haría perder el negocio de su vida.

Estaba claro que Rivero había descubierto un posible filón y no quería desaprovecharlo. Pero en lugar de convertir sus imaginaciones en una novela histórica, por ejemplo, decidió hacerlas pasar por realidad y convencer a sus lectores de que sus propuestas salían de la dura y ardua investigación.

Nadie tragó el anzuelo, obviamente, y durante estos mismos meses de 1916 se publicó una gran cantidad de reseñas que señalaban la falsedad de la traza y declaraban que las palabras atribuidas por Rivero a Cervantes eran, en realidad, del propio Rivero. Gran parte de estas reseñas fueron recogidas el mismo año de 1916 en un libro titulado *El secreto de Cervantes*, compilado con gran rapidez ante la idea de Rivero de recoger sus artículos en formato

¹⁰ *El Quijote* de Avellaneda sería, en suma, obra de «una cuadrilla de perversos capitaneados por Lope, y desenmascarados por mí, obedeciendo el mandato del genio, que a través de tres siglos manda que publique la traza de su *Don Quijote* el poeta feliz que sea capaz de descubrirla», *op. cit.*, p. 80.

¹¹ *Ibid.*, p. 154.

de libro para, de este modo, «poner a salvo la réplica, situándola, frente al que éste dé a la estampa, en los escaparates de las librerías y en los estantes de las bibliotecas»¹².

A lado de los artículos de autores poco conocidos, en este volumen participaron cervantistas de la talla de Icaza, Amezáa, o Rodríguez Marín. Todos ellos pusieron de manifiesto la falsedad de la traza y las incoherencias y deslices cometidos por Rivero (anacronismos lingüísticos e históricos, galicismos, solecismos, etc.) «sin que pueda quedar en pie una sola de cuantas afirmaciones en esos artículos se sostienen»¹³; y, sobre todo, mostrando lo burdo de un sistema investigador cuya «habilidad la están ejercitando todos los días los cajistas de imprenta»¹⁴.

En realidad no cabía otra respuesta que la manifestada por Unamuno en una entrevista realizada para *El adelanto*:

«Tales bobadas no merecen ni el honor de hablar de ellas. Son pasatiempos de una infantilidad abrumadora»¹⁵.

Sin embargo, nadie regateaba a Rivero su talento de escritor ni su vivo ingenio¹⁶, cosa que no puede atribuirse al tercer libro de crítica extravagante de 1916 que vamos a examinar, el de Fernando Boedo, un libro en el que este periodista hacía frente a las disparatadas versiones de *El Quijote* como emblema y símbolo de la raza española para sustituirlas por otra disparatada versión racial o antirracial de la obra cervantina¹⁷.

En las páginas iniciales de este libro se hace Boedo la siguiente pregunta: «¿Por qué el *Don Quijote* de Cervantes nos produce disgusto, siendo la obra capital de nuestra literatura?». La respuesta a este interrogante, que implica a los lectores a través del *nos*, es el cometido del ensayo de Boedo titulado *El contraquijote*¹⁸.

¹² Cfr. AA.VV., *El secreto de Cervantes*. Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1916. La cita en p. 246.

¹³ *Ibid.*, p. 61.

¹⁴ *Ibid.*, p. 104.

¹⁵ *Ibid.*, p. 197.

¹⁶ Cfr. J. MILLÉ Y JIMÉNEZ, *Los locos y el Quijote*, extracto de la revista *Nosotros*, 135, 1920, Buenos Aires, 1920.

¹⁷ Cfr. P. DESCOUZIS, *Cervantes y la generación del 98*. Madrid, Ediciones Iberoamericanas, 1970; A. CLOSE, *The Romantic Approach to «Don Quijote»*. Cambridge, Universidad, 1978; CECILIO ALONSO, «De mitos y parodias quijotescas en torno al novecientos», *Anales cervantinos*, XXV-XXVI, 1987-1988, pp. 35-45; H. TZITSIKAS, *El quijotismo y la raza en la generación del 98*. Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1988; etc. El mismo año de 1916, por ejemplo, aparecían dos obras tituladas *La vida y la raza a través del Quijote*, de JUAN CUETO, y *Una lengua y una raza* de ALFONSO ROBLEDO así como el *Elogio de Cervantes* de JULIO PUYOL Y ALONSO, que apostaba por el amor encendido de Cervantes a todas las regiones de España.

¹⁸ Cfr. FERNANDO BOEDO, *El Contraquijote*. Madrid, Sociedad Editorial de España, 1916. En adelante citaré dentro del texto, señalando entre paréntesis las páginas de este libro.

Su autor se propone escudriñar el contenido simbólico de las grandes obras literarias españolas, concebidas como expresión del «alma de la raza, su aspiración suprema, su malogrado ideal» (p. 5). Para desentrañar este simbolismo, postula Boedo una teoría historicista trasnochada asentada en el iberismo y que explica, según él, toda nuestra historia y toda nuestra literatura.

Apoyándose en ciertos estudios de Joaquín Costa, interpretados además peregrinamente¹⁹, sostiene Boedo que España es «una nación anormal» (p. 8) y decadente cuya trayectoria histórica viene marcada por una falta de fusión de lo indígena (lo ibero) y lo foráneo, falta de fusión que habría creado una gran tensión entre estos dos extremos y por la que se ha filtrado toda una serie de aspiraciones de ambos bandos.

La literatura española vendría configurada, por estas mismas razones, por una suerte de dialéctica cuyas mejores creaciones estarían siempre del lado de lo ibérico, según Boedo.

Para presentar toda esta imaginativa teoría, Boedo inicia su libro con una desmesurada introducción, que ocupa un tercio de su obra y que en nada introduce ni aclara, ya que su autor mezcla confusa e incoherentemente numerosos conceptos e ideas. Pasa, muchas veces sin ilación ni rigor lógico, de unos temas a otros: desde la teoría sobre el carácter histórico de España y su literatura, hasta referencias sueltas a autores muy diversos, alusiones a símbolos literarios que reflejan prototipos históricos y análisis de obras literarias, como la de Lope de Vega, semblanzas biográficas y literarias del Fénix, y hasta una clasificación personal de las obras de la literatura española.

En la literatura española, en su opinión, siempre se han dado casos de obras que han expresado ese ideal ibero de resistencia al invasor, y siempre ha habido obras que han mostrado el ideal contrario, el imperialismo que, graciosamente, moteja Boedo de *quijotismo* porque «*Don Quijote* es la suma, cifra y compendio de todas las razas invasoras de España (p. 18)²⁰.

El hidalgo manchego no puede ser así un prototipo de la raza española, y ésta vendría representada, en cambio, por el teatro de Lope y por su consecuencia natural, el Segismundo calderoniano, el contraquijote:

Don Quijote representa la fuerza fatal, ciega e irreflexiva que surge del pasado bárbaro, y Segismundo es el movimiento social moderno, el rompimiento radical con ese pasado (p. 34).

¹⁹ Cfr. E. CLEMENTE, *Estudios sobre Joaquín Costa*. Zaragoza, Universidad, 1989.

²⁰ Curiosamente otros autores han presentado a don Quijote como prototipo de la españolidad por su ascendencia celtíbera. Cfr. J. CAMÓN AZNAR, «Don Quijote, celtíbero», *ABC*, 3 de mayo de 1957 y del mismo autor «Don Quijote, caballero celta», *ABC*, 10 de noviembre de 1973.

Y es que Cervantes habría pretendido en su libro trazar una sátira política del imperialismo. Para ello, según Boedo, concentró en el hidalgo todos los defectos primordiales de esa ideología, pero no supo dibujar (sólo se aproximó a ello en la figura de Sancho) el ideal ibérico contrapuesto, tarea esta reservada al genio de Lope, creador de una literatura nacional que encontraría posteriormente su crisol en la obra maestra de Calderón.

El elogio de Lope y de Cervantes (aunque se descalifique a su criatura más conocida) va acompañado en estas páginas introductorias del libro de Boedo de toda una serie de descalificaciones de diferentes obras literarias españolas que, supuestamente, supondrían la exaltación del ideal extranjero: El *Poema de Mío Cid* sería una gansada, absurda e insincera la poesía de Garcilaso y los petrarquistas, e indigesta y mezquina la literatura mística.

Todas estas ideas, escasamente argumentadas, las va a desarrollar Boedo en los capítulos siguientes de su libro a través del análisis de obras concretas de nuestra literatura en donde se configura toda una serie de contrafiguras del hidalgo manchego, de contraquijotes.

Boedo extrae su principal filón de datos de la comedia nacional, teatro en cuyos elogios no se queda corto el crítico, y teatro en el que se fraguó el tipo español representativo, ya que Lope, el hombre más grande de España, según Boedo, expresó como nadie ese tipo ibérico genuino en una serie de obras dramáticas que tienen como protagonistas a príncipes simbólicos que son el antecedente más claro del contraquijote, de Segismundo.

La vida es sueño se convierte entonces, para Boedo, en la obra capital de la literatura española, ya que su protagonista encarna como ningún otro la auténtica historia de España y el carácter nacional de la raza.

No sólo en el teatro áureo se configura un contraquijote sino que la literatura posterior ha seguido desarrollando estos tipos, como se observa en la figura de don Juan Tenorio o la del protagonista de *El diablo mundo* de Espronceda.

Frente a la grandeza de estos ideales, el personaje cervantino representaría la mezquindad y la estupidez ²¹.

Obsesionado Boedo por rellenar sus esquemas de literatura española, descalifica la figura del hidalgo con un análisis detallado del personaje. Don Quijote sería un personaje mitificado a pesar de

²¹ En esto se opone Boedo a la mayoría de los críticos cervantinos, que, como dice Rico, siempre han sentido «la fascinación por el protagonista». Cfr. FRANCISCO RICO, «Las dos interpretaciones del Quijote», *Breve biblioteca de autores españoles*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1991. La cita en p. 171.

representar el atraso, la intolerancia y la estupidez, y todos los restantes rasgos del imperialismo español: falta de mentalidad, odio a la evolución, fondo anticristiano, fanfarronería, intrusión, vanidad, cobardía solapada o miedo.

Todos los ideales del hidalgo, contradictorios en sí mismos, no tienen otro fin, según Boedo, que el dominio y la imposición, el vivir a costa de otros a pesar del carácter infantil de sus aventuras.

El personaje no tendría, pues, ni grandeza moral ni nobleza de sentimientos, ya que lo único que pretendió Cervantes con él es realizar la crítica del despotismo español, de lo opuesto al genio ibérico representado por Segismundo (la vida, la voluntad, lo nuevo, la revolución). Por esto, según Boedo, concibió al personaje desde el ridículo y la ironía.

La obra de Boedo tan aparentemente provocadora no tendría sin embargo la difusión de otras obras que, como las de Maeztu o las de Unamuno, se encontraban en una línea similar. Su eco fue escaso y sólo algunos comentaristas le dedicarían algunas páginas de reseñas²². Es el caso de Julio Casares²³.

Comienza Casares su comentario señalando que la obra de Boedo es un «libro absurdo, atrevido y justiciero», centrado en desmitologizar la figura de don Quijote ya que representa la intolerancia y la estupidez. Según Casares esta propuesta se encuentra viciada de antemano puesto que se asienta en un razonamiento basado en tópicos trillados sobre la historia de España.

Casares critica la interpretación simbólica de la literatura española, pero, curiosamente, sólo se indigna contra sus torpes juicios y no contra la absurda argumentación que sirve de base a aquéllos. No entra Casares a valorar o desdeñar el meollo del libro, la tesis iberista, sino que se centra en los comentarios y juicios a que da lugar esta tesis. Y en su reseña, por lo demás, se apunta la importancia del libro no por los juicios sobre Cervantes, sino por el aprecio con el que trata el teatro clásico español.

Será esta lectura positiva de nuestra comedia la que provocará la reedición del libro con ocasión de otro centenario, en este caso de Lope de Vega.

El primitivo libro fue reeditado, en efecto, en 1935 como aportación al tricentenario de la muerte del Fénix, y con un nuevo título que acumula, en disparate creciente, títulos y subtítulos: *Iberismo de Lope de Vega (Las dos Españas). Segismundo ¿es el Contraquijote?*²⁴

²² En la *Revista de Filología*, V, 1918, p. 77 se indica que «el estudio del Sr. Boedo carece de base y estructura sólida».

²³ Cfr. JULIO CASARES, «El Contraquijote, por F. Boedo», *Crítica efímera*, II, Madrid, Saturnino Calleja, 1919. Reeditado en 1961 en la colección Austral, pp. 276-280.

²⁴ Cfr. FERNANDO BOEDO, *Iberismo de Lope de Vega (Las dos Españas). Segismundo ¿es el contraquijote?*. Madrid, 1935.

Con ligeras modificaciones (título, índice y leves cambios en el estilo) se reproduce el texto de 1916, al que se le antepone un prólogo de Luis Ruiz Contreras.

El conocido traductor de Anatole France y director de la *Revista Nueva* señala en estas páginas preliminares la oportunidad de reeditar un libro olvidado y cómo, habiendo sido imposible localizar al autor, se imprime sin su permiso. Ruiz Contreras precisa los valores y los defectos del libro y lo publica en la editorial que imprimía sus propias obras, obras que recoge publicitariamente en la contraportada.

El libro volvió a pasar desapercibido, aunque dio lugar a una reseña amplia de un crítico como Cansinos Assens, que, muy alejado ya de la crítica impresionista y creativa que había cultivado en los años 20²⁵, publica en *La Libertad* cuatro artículos sobre el libro de Boedo entre diciembre de 1935 y febrero de 1936.

Cansinos se siente indignado ante el libro de Boedo por su cerrazón intelectual y su dogmatismo. Estudia los antecedentes del libro de Boedo en ciertos artículos de 1905 de Maeztu y lanza un demoledor ataque a sus presupuestos ideológicos: el prescindir de la historia para caer en las esencias raciales, interpretadas además libremente, la indemostrabilidad de la tesis iberista, el subjetivismo disparatado en las valoraciones literarias y, sobre todo, el carácter ideológicamente reaccionario de unos juicios que pretende vender Boedo como progresistas y marxistas, además de subrayar el disparate del análisis psicológico del hidalgo manchego realizado por Boedo, un hidalgo que representa sin embargo, «el único personaje universal, humano que tenemos en nuestra literatura».

Cansinos se olvidaba, quizás, de su cándido folleto de 1916, año en el que no faltaron otras perlas cervantinas (como las fantasiosas notas y la mitificación topográfica que colgó a su edición del *Quijote* Juan Francisco de la Jara y Sánchez de Molina, por ejemplo) que vendrían a demostrar la utilización interesada de la obra de un genio cuya indisputable grandeza ha podido ocasionar, paradójicamente, dislates semejantes.

NORBERTO PÉREZ GARCÍA

²⁵ Cfr. C. MARTÍNEZ CACHERO, «Rafael Cansinos- Assens, crítico militante», *Homenaje a Emilio Alarcos García*, II, pp. 317-328, Valladolid, 1965-67; R. OTEO SANS, *Cansinos-Assens: entre el Modernismo y la Vanguardia*. Alicante, Aguaclara, 1996.